

DIRIGIDA
POR
SUSANA SOCA

CONSEJO DE REDACCION: SAN JOSE 824

COPYRIGHT 1958 BY: ENTREGAS DE LA LICORNE
IMPRESO EN EL URUGUAY PRINTED IN URUGUAY

SUMARIO

CARLOS VAZ FERREIRA: *POSIBLES DIALOGOS SOBRE TEMAS DE ARTE*

SUSANA SOCA: *ALREDEDOR DE "THE CLOUD OF UNKNOWING"*

ANONIMO: *LA NUBE DE LA IGNORANCIA*

ALGUNOS TEXTOS EJEMPLARES

EMILIO ORIBE: *LAS SERPIENTES ETERNAS*

MARTIN BUBER: *ES MENESTER SEGUIR LO COMUN AL HOMBRE*

JOSE BERGAMIN: *VOLVER*

DYLAN THOMAS: *HOLY SPRING*

THOMAS MERTON: *SPORTS WITHOUT BLOOD*

BORIS PASTERNAK: *MEMORIAS. LOS AÑOS DEL NOVECIENTOS*

ANDRE PIEYRE DE MANDIARGUES: *FUEGO DE BRASA*

BERNARD COLLIN: *CERCLE GELE*

ENRIQUE LENTINI: *ORFEO*

JUAN CARLOS ONETTI: *EL REGALO*

EMA RISSO PLATERO: *EL TEMPLO DE LAS MIL Y UNA DIOSAS*

CRONICAS

ANTONIO PAGES LARRAYA: *MACEDONIO FERNANDEZ - UN PAYADOR*

JOSE A. AGUERRE: *SENTIDO AMOROSO Y TEOLOGAL DEL
"SANTOS VEGA" DE FERNAN SILVA VALDES (Continuación)*

NOTAS

GUIDO CASTILLO: *PASO DE LA NOCHE DE ESTHER DE CACERES*

PABLO MAÑE GARZON: *ALBERTO GINASTERA*

ALBERTO PAGANINI: *NOTAS AL "TRATADO DE LA
LLAMA" DE JOSE PEDRO DIAZ*

Alrededor de "The Cloud of Unknowing"

por
SUSANA SOCA

*Cuanto más alto se sube
Tanto menos entendía
Que es la tenebrosa nube
Que a la noche esclarecía.*
SAN JUAN DE LA CRUZ.

PENETRAMOS con asombro en esta isla de la vieja lengua inglesa que es "The Cloud of Unknowing", y que nos parece también como una isla entre los reducidos y excepcionales textos místicos escritos en esa lengua. Del otro lado del mundo de las visiones y de la alegría de Juliana de Norwich, texto de contemplación pura, presenta concordancias y coincidencias, en la modalidad y en el tiempo, con Ruysbroeck y los grandes místicos de Renania.

Estamos en el más austero y en el más lógico de los mundos, más austero para el entendimiento que el mundo de la "Imitación".

El autor de La Nube es tan anónimo como los estatuarios de la piedra de las grandes catedrales de Europa. Es tan anónimo como ese maestro de la discreción lo hubiera deseado; ni siquiera podemos darle un nombre que sustituyera al suyo para designarlo, y de La Nube misma sale la singularidad de su voz, con un aire de hablar directamente a cada uno de nosotros, en una cercanía sin distancias.

Sólo sabemos que el autor vivió en Inglaterra a principios del siglo XIV, en el hervor de la querrela medieval entre los activos y los contemplativos, particularmente violenta en aquel país. Y evidentemente vemos que puso su poderosa vehemencia a favor de los últimos.

Traductor del pseudo Dionisio el Areopagita, interpreta y adapta las enseñanzas de la Teología Mística, para el uso de un joven discípulo que quería dedicarse al servicio de Dios sin entrar en un monasterio, en la época en que en Inglaterra se multiplicaban los eremitas.

Para comprender la individualidad del autor de La Nube y distinguir su aporte personal y la forma viviente de su interpretación de la

Teología Negativa, debemos detenernos en el "Corpus dionysiacum" y comparar los diversos místicos que desde el año 900, a partir del concilio de Letrán, reciben en Europa su decisiva influencia.

Volvamos, pues, a las fuentes dionisianas, para no alejarnos más, y ver en ellas, a través de Platón y el neoplatonismo (Plotino, Jámblico y Proclo), la continuidad de la espiritualidad humana y su cristianización en el misterioso Dionisio. Y tengamos también delante de nuestros ojos el pasaje del libro del Exodo, el que dice que cuando los israelitas salieron de Egipto fueron protegidos por una inmensa nube, a través de la cual sólo se divisaba una más grande oscuridad. Aquí encontramos la tiniebla divina de Dionisio, y, debajo de ella, nuestra nube.

El conocimiento humano no puede alcanzar a Dios, sólo el amor, si es suficientemente grande, puede realizar la revelación. Como la criatura no puede percibir la luz increada, ésta se le aparece como tiniebla, es decir, como ausencia de luz. Y aquí recordamos la frase fundamental del otro discípulo, San Buenaventura, cuando compara la imposibilidad en que está la mirada humana de contemplar la luz divina con "el ojo corporal, que, cuando ve el sol (la luz misma y no sus rayos), le parece que no ve nada".

En esta línea de la Teología Mística, La Nube prefigura y rotundamente anuncia la experiencia que dos siglos más tarde, en España, encontramos en La Noche Oscura, con siempre renovado esplendor. La encarnación verbal y la dramatización del proceso en todas sus partes, el vocabulario sabio, que parece estirar hasta lo imposible el lenguaje humano, para que el itinerario hacia lo divino pueda manifestarse en él, todo en La Noche Oscura nos ayuda a contemplar esta concentrada nube.

De San Juan salimos transidos y anonadados, pero no sorprendidos. Tampoco nos sorprende Dionisio en el que vemos el proceso entero y su culminación en el punto de la relación secreta de lo humano con lo divino, ahí donde el lenguaje se detiene. Las facultades de la inteligencia, aguzadas hasta el extremo en la Jerarquía y en los Nombres, brillan con un último resplandor para comunicarnos de qué modo se anulan ante aquello que las sobrepasa. En La Nube hallamos un elemento de sorpresa permanente. No hay en ella gradaciones ni etapas. Se trata de un fragmento de contemplación aislado y vivo.

Bruscamente, el maestro coloca a su discípulo a la entrada de la nube. Comienza diciéndole que cumpla con todo lo que la Iglesia ordena, pero inmediatamente después, cuando pensábamos que hablaría de virtud y de piedad, le indica, simplemente, el sacrificio total; la abolición de todas las facultades mentales y sensibles. Es decir, la forma más perfecta de renunciar a sí mismo y de ser otro, para poder descubrir algo a través de la nube.

Esperábamos oírle decir que había que cubrir a todas las criaturas con la nube del olvido. Pero no esperábamos agregara tan rápidamente que no había que pensar en nada, en ningún atributo divino, evitando hasta las representaciones más altas y resplandecientes. Sólo mantenerse en la más fina punta del espíritu, para poder golpear en la tiniebla con el dardo acerado del amor, incesantemente, hasta que llegue la revelación.

El clima de La Nube es clima de despojamiento. Ni señales, ni figuras, ni presentimientos, ni deseo de visiones. Unica tarea, la de apartar obstáculos, para que cuando el Huésped llegue, encuentre el espacio necesario. Lo visible va quedando atrás y lo invisible no se manifiesta todavía. En el vocabulario de La Noche Oscura, es el momento de hacer morir las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, para que más tarde revivan, transformadas sobrenaturalmente en fe, esperanza y caridad. Pero el mismo San Juan advierte acerca de los peligros de abandonar demasiado pronto la meditación y el discurso, y acerca de la conveniencia de volver a ellos en ciertos casos. En La Nube, hay una condensación de estados. Bruscamente, el maestro coloca al discípulo en el tercer grado de la oración (el que Santa Teresa llama oración de quietud).

No pertenece a los que estamos en la primera morada el dilucidar lo que sucede a algunos en los alrededores de la sexta.

Pero a cada paso nos sorprende en el maestro el poder de su certeza ante un exclusivo camino a seguir. La Pasión es la puerta para entrar en la Divinidad de Cristo, dice al discípulo, elige si quieres quedarte en la puerta o entrar. Elige entre la sola salvación del alma y la contemplación.

La propia Santa Teresa, modelo vivo de la imprevista experiencia sobrenatural, a cuyo encuentro iba la misma Teología Mística para ser confirmada, Santa Teresa, se refiere a varios místicos contemporáneos suyos que (como el autor de La Nube) aconsejaban, en ciertos estados, evitar de pensar en la Encarnación; y agrega que su propia experiencia le enseña que el no pensar en la Pasión nunca hubiera podido ayudarla.

Poco sabemos de nuestro autor, pero menos aún del discípulo, e ignoramos si pudo o no entrar en la nube. Nos desconciertan en ese maestro de irreductibilidad sus modos de circunscribir el mundo contemplativo a un solo camino a emprender. Más que la sistematización de una experiencia, parece mostrar el método infalible para alcanzarla, método accesible a cualquier cristiano de buena voluntad. Tal es su opinión aparente y la alternativa de nuestro desconcierto y nuestra admiración. (Con él nunca sabemos cuál predomina). Pensamos que para nuestro autor el elegir y el ser elegido eran una misma cosa, y el poder permanecer en la nube constituía la prueba decisiva de que el discípulo era capaz de avanzar en el desconocimiento por el amor. Infortunadamente ningún

confesor empujó a ese hombre de silencio a que refiriera algo de su propia experiencia. Pero su poder de persuadir, su convicción refulgente, equivalen a una experiencia. Quiere que el discípulo se pruebe a sí mismo y vea si es capaz de avanzar hacia el Dios oculto. Secamente llega a la cosa sublime entre todas: con despectiva seguridad, afirma que el autor divino en la criatura es insuficiente para golpear en la tiniebla a través de la nube. Pero si la insistencia y el deseo son bastante grandes, como en este único caso el amor no está en el que ama sino en el amado, porque el amado es el Amor, él dará al que ama, dará de su amorosa fuerza, para que pueda seguir golpeando en la nube hasta que llegue algún rayo de la tiniebla-luz.

Sintéticamente, y con su peculiar reserva, comprobamos que quiere una cosa sola: guiar al discípulo hacia el encuentro de ese "Fire of Love" indecible pero cantado en la misma lengua, con efusión admirable, por el otro místico, Richard Rolle.

En "La Epístola de la dirección íntima", nuestro autor afirma que cualquier persona de buena voluntad puede aprovechar de sus enseñanzas, por más desprovisto de letras y dones mentales que ella fuere. Dice el maestro que se asombra suavemente, y no puede retener una sonrisa mezclada de tristeza, cuando recuerda que gentes muy sabias o muy eruditas piensan que sus escritos son tan elevados y arduos que sólo pueden captar algo de ellos personas dotadas de la mayor inteligencia. Al llegar a ese punto, comprendemos la causa principal de nuestro propio asombro ante La Nube. Estábamos, simultáneamente, en lo más simple y en lo más difícil. Nos hacía pensar en la más alta frase de San Bernardo, "Amo para amar", y, a la vez, no sólo en la vía de infancia espiritual, que grandes místicos nos mostraran, sino también en la más simple jaculatoria que cualquier cristiano repite: "Creo, pero aumentad mi fe" o "Amo, pero aumentad mi amor". Y singularmente comprobamos que lo más simple y lo más difícil son una misma cosa.

Si descendemos de los problemas de la comunicación sobrenatural a los problemas humanos de orden corriente, encontramos la actitud del autor de "La Nube", como posibilidad de opción, bajo todos los aspectos y con todos los nombres. Si descendemos del silencio al tumulto, lo advertimos en la decisión de Kierkegaard, cuando, después de romper con Hegel, escribe el paralelo entre Sócrates y Abraham. Ahí vemos el drama de la razón, que aguzada hasta el extremo, ante la impotencia final, renuncia a sí misma *para forzar con sus gritos las puertas del más allá.*

La primera objeción que surge en nosotros es por el hecho, ya mencionado, de que aparece colocando deliberadamente al discípulo en estados a los que, habitualmente, los místicos no llegan por sí solos, sino

que son alternativamente puestos en ellos y retirados. Pero hemos visto que, en lo profundo, se trata de la misma vía.

La segunda objeción es de carácter general y se refiere a una tendencia hacia la desviación quietista.

Vemos en *La Nube* una orientación favorable al quietismo, pero no una doctrina propiamente dicha. Volviendo a leer los argumentos de Bossuet contra los quietistas, comprobamos que no sólo la obra sino nuestros propios comentarios giran constantemente en torno a ese problema. Netamente se trata de un texto inspirador del quietismo. Pero entre la tendencia y las consecuencias peores de ella existen tantos grados como entre los términos de quietud y de quietismo. La verdadera contemplación, evidenciada por grandes acciones paralelas, conoce algunos largos períodos de oración de quietud. La diferencia estriba en hacer o no hacer de ella cosa de predominio y exclusión, o cosa accesible a todos por la sola voluntad. En el caso de *La Nube* carecemos de elementos de juicio; dependemos de nuestra propia interpretación de ciertas frases, como de la que dice: "Primero haz todo lo que la Iglesia ordene"; o de la trascendencia que pensamos tiene para el autor la entrada del discípulo a la nube por la puerta de la Pasión, antes de aconsejarle evite todo pensamiento, "hasta el de los atributos divinos".

Si pensamos que el discípulo debe forzar la puerta de *La Nube*, en busca de una revelación personal, estamos en el extremo particular del quietismo. Pero si pensamos que se trata de una humilde insistencia de amor, esa actitud nos aparece irreprochable y universalmente cristiana.

La Teología Negativa ha dado origen a la línea recta de los más probados místicos y, también, a las derivaciones quietistas. La sola palabra pasividad, incluida en ella, y sus aplicaciones diversas a la oración pasiva, han sido causa de infinitas controversias. *La Nube* está entre los textos dionisianos que más claramente muestran la posibilidad de una interpretación quietista, aun cuando los quietistas se hayan inspirado particularmente en otras obras más difundidas, como las de Eckhart o Molinos, según las épocas ⁽¹⁾.

Pero la grandeza y la actualidad dionisianas consisten, precisamente, en mostrar el dominio común a la máxima espiritualidad de Oriente y Oc-

(1) "The Cloud of Unknowing", en la edición del siglo XIV, existente en The London Library, lleva el "Nihil Obstat". Pero, generalmente, los grandes textos quietistas están escritos con una voluntad de ortodoxia. Son las diferentes sectas que se apoyan en ellos, las que en sus resultados visibles, modos de vida y prácticas (o falta de prácticas) se apartan de los dogmas, y, finalmente, se apartan de aquellos textos inspiradores, por la teorización misma de sus incompatibilidades con la Iglesia. Tienen en común una exaltación individualista creciente en lo que se refiere a comunicaciones sobrenaturales. Frecuentemente se basan en grandes místicos dogmáticos, utilizando un aspecto determinado de ellos. En el siglo XIV, los Hermanos del Libre Espíritu se esfuerzan en unirse no sólo al Maestro Eckhart y al discutido Tauler, sino al impecable Suso. Los Beghards,

cidente, el parentesco entre las universales formas de contemplación. Nos muestra el nexo de unión, el punto donde se encuentran los caminos separados. Ahí llegan nuestros místicos guiados por la forma específicamente cristiana del amor. En el lenguaje de nuestro autor, diríamos que entran, por la puerta de la Cruz, en la conciencia del no saber, que es la nube; y, a través de ella, siguen en busca de la unión con el Dios supraesencial de que habla Dionisio, "el Dios no separado pero trascendente a su creación, porque es superior a ella".

Otra causa de asombro en *La Nube* consiste en la dificultad de definirla. Creemos estar delante de un tratado puramente contemplativo y nos aparece como un tratado de ascesis. Hasta en los momentos en que el maestro ordena al discípulo haga morir conceptos y sensaciones, le dice que en ese esfuerzo busque su penitencia, y nos hace pensar en una etapa ascética anterior y ya no en la contemplación. Otras veces, y aunque se haya dicho lo contrario, nos encontramos ante un texto de alta polémica, donde el autor, con elevada cortesía y mesurados elogios para sus contrincantes, revela ejemplar destreza en el combate contra los activos.

Por momentos nos sorprende lo que aparece de libertad y orgullo en sus acentos, y comprendemos luego que ésta es su forma de enseñar la total humildad. Lo vemos como un sistematizador, un psicólogo, un moralista y, sobre todo, como un lógico y ensayista genial. Ante todo, ese hombre de autoridad lo es también de concisión; varios tratados se concentran en el suyo, y *La Nube* nos aparece como un texto inclasificable.

La fuerza del lenguaje, que invita al propio aniquilamiento en el silencio, nos domina por su claridad aplicada a lo oscuro y también por lo que hay de ingenioso en la severa gracia de su forma. Por todo ello esa voz nos llega más directa y libremente que si conociéramos la santidad y las obras del hombre. Constituye una invitación permanente a recordar que "una sola cosa es necesaria". Leyendo *La Nube*, aunque no supiéramos nada más, comprenderíamos por qué muchos no escribieron, pudiendo hacerlo, por qué, siglos más tarde, y en la misma lengua, Gerald Manley Hopkins cesó de escribir hasta sus más secretos poemas.

Solamente podemos definir "The Cloud of Unknowing" diciendo: estamos en presencia de uno de los textos de más grande rigor que hayan sido jamás escritos.

francamente heréticos, insisten en que siguen a Ruysbroeck, y los Alumbrados, en la España del siglo XVI, hablan de San Juan de la Cruz.

En cuanto al quietismo francés del siglo XVII, existen influencias y coincidencias entre sus mejores representantes y Molinos. Madame Guyon ha conocido muy joven a San Francisco de Sales, y Molinos cita continuamente a Santa Juana de Chantal. La perturbación y también la frivolidad nos aparecen evidentes en los grupos que los seguían o se emparentaban con ellos. La voluntad de ortodoxia es absoluta en Fenelón, que queda a la cabeza del movimiento después de ser encarcelada Madame Guyon, y también se manifiesta en las retractaciones de ésta y en su obediencia final a la Iglesia.